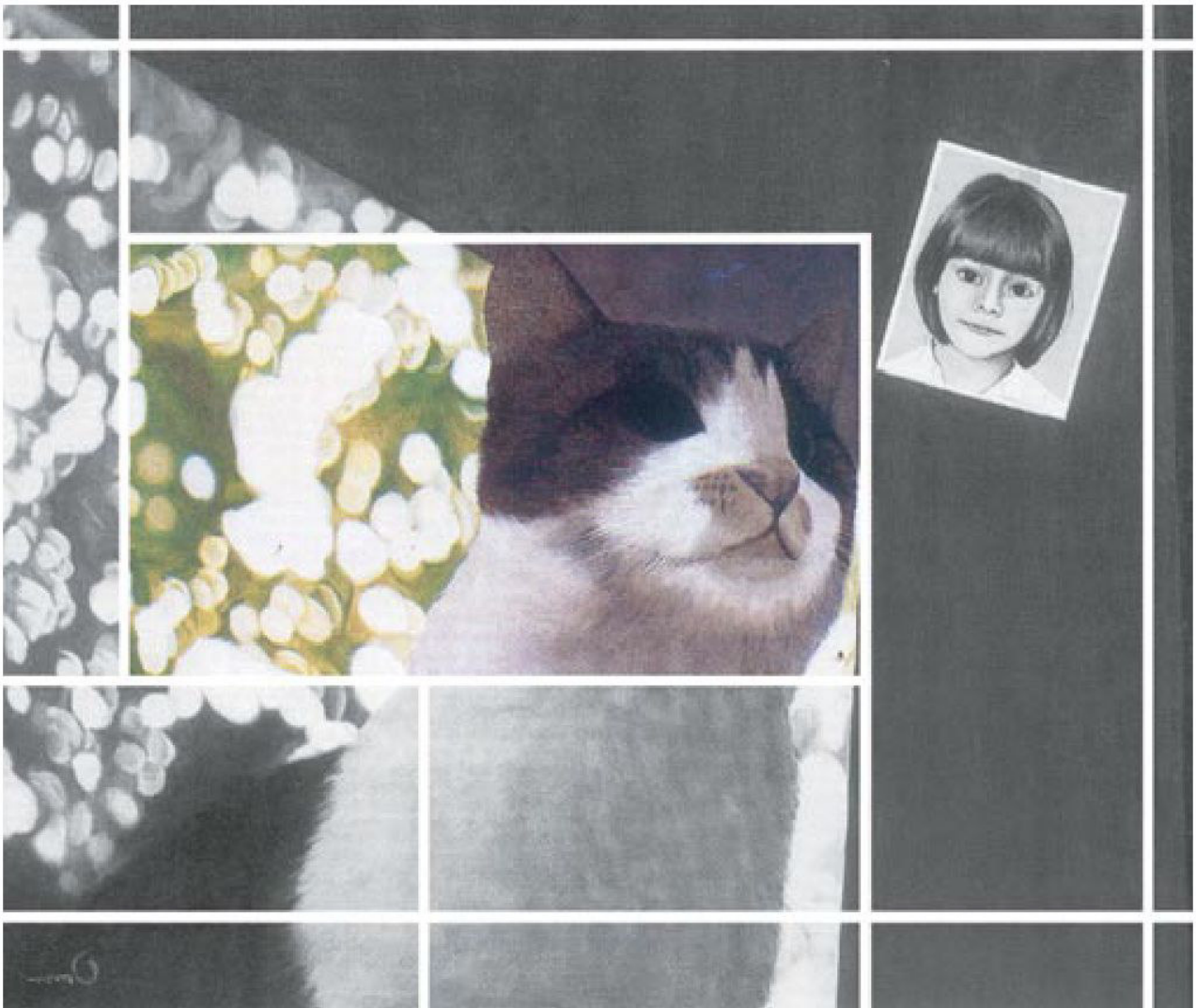


BIBLIACLIPS

La vida en **CUADROS**

RODRIGO FRESÁN



O algunas cosas que ya nunca olvidaré de algunos cómics. O historietas. O como quieran llamar a esa lectura iniciática —la elegante transición, delicada a la vez que fuerte membrana— que separa al libro infantil muy ilustrado y con pocas letras de la gran novela.

A sí los cómics como médium que gestiona los fantasmas de la infancia más profunda y anticipa los prodigios de lo que vendrá y de lo que ya nunca nos abandonará.

Aquí están, aquí vienen, aunque nunca se fueron ni se irán.

Little Nemo, caído de la cama, enredado en las sábanas, despertándose, para qué.

Enseguida, la onomatopeya como *mix* perfecto del balbuceo de bebé con una sofisticada forma de esperanto: Yo, KISS, Tú BANG, Él CRASH, Nosotros KABOOM, Vosotros POW, Ellos ZZZZZ...

Toby convirtiéndose en La Araña para resolver los casos en los que el padre de Little Lulu, la del trapezoidal vestido rojo, era siempre el culpable.

Las sanguíneas curvas de Vampirella, esa Bettie Page con colmillos.

Mafalda o la gran novela de la clase media argentina. (Y, calculo, supongo, de todo el mundo.)

Las aventuras imaginarias de Superman donde todo era absolutamente posible.

Bruce Wayne contemplando a un murciélago entrando por la ventana de su mansión y teniendo una idea, *esa* idea, *la* idea. De pronto, un millonario decide ponerse un traje más bien extraño y por qué no.

Las sombras verticales que proyectan los barrotes de la cárcel sobre los trajes a rayas horizontales de los presidiarios en aquel episodio de *Mort Cinder*.

Las planchas panorámicas y a toda página en *Tintín*: aquella pequeña guía de Syldavia en “El cetro de Ottokar”, y aquel desierto alucinante y alucinatorio en “El cangrejo de las pinzas de oro”.

Las calles de Buenos Aires mortalmente nevadas de El Eternauta.

Los neuróticos fundacionales —ese trazo *tan* nervioso— de Jules Feiffer.

Los piratas eternamente aborridos y naufragantes, como en un *loop* de palizas, en *Asterix*.

Esos cómics de terror de la EC Comics donde los maridos engañados vuelven de la tumba o surgen de las profundidades del mar para descuartizar a sus mujeres infieles casi siempre, si mal no recuerdo, rubias. ¿Y adónde va a dar todo esto, adónde ha llegado? Supongo que Charles Burns tiene la mejor y más correcta respuesta.

Los monólogos psicodélicos y pre New Age del Silver Surfer, remontando la espuma de las nebulosas como si fuesen olas.

Las gaviotas en las luminosas playas del *Corto Maltés*.

Los callejones y muelles y cementerios siempre nocturnos en *The Spirit*.

Las pecas de Sophie, desnuda y fumando, en la cama de Alack Sinner.

Prince Valiant y el texto siempre a los pies y no en un globo sobre las cabezas: aquí no se habla, se proclama.

La gota de sangre que no deja de caer —una y otra vez, pero una gota es siempre igual, es siempre

la misma— en la primera aventura de *Sherlock Time*.

Lucky Luke —mis favoritas siempre fueron *La diligencia* (“¡Papas y tocino!”) y *Jesse James*— cabalgando hacia el horizonte, cantando que es un cowboy solitario y que está muy lejos de su hogar.

La vida de Philip K. Dick dibujada por Robert Crumb: ese instante de epifanía —rayos y centellas— en el que Dick comprende que el Imperio Romano sigue ahí y que él no es otra cosa que la reencarnación de San Pablo. O un doble de Mr. Natural. Algo así. No importa. Lo que sí importa es esa mirada de quien ha visto demasiadas cosas que nadie salvo él puede ver.

Arzach montando su pájaro sobre paisajes vacíos pero, ah, esos colores que lo llenan todo.

Cayenne, una de fugitivos que acaban persiguiendo una idea íntima e irrenunciable de la épica, no en vano creada por quien será —con el tiempo, casi enseguida, lo sigue siendo— mi gran amigo el escritor Guillermo Saccomanno.

Spider Man o la telaraña como metáfora de la adolescencia perpetua: el equivalente al Holden Caulfield de J. S. Salinger en *The Catcher in the Rye*. O tal vez Salinger prefiera que se lo compare con *Calvin & Hobbes*.

Ciertos cómics mexicanos y radiactivos, mutantes, mezcla de dibujo con foto: vampiros aztecas y momias de Guanajuato, místicos del peyote, pornografía ingenua donde las mujeres ricas se acuestan con sus sirvientes, luchadores enmascarados...

La versión italiana, *fumetto nero*: Diabolik y Killing y Kriminal, vengadores que entran por las ventanas de los dormitorios de las señoritas semidesnudas que suelen dejar las ventanas abiertas para que entren *Killing* o *Diabolik* o *Kriminal* (y se me disculpará, espero, cierta fijación con la figura femenina: el que recuerda soy yo ahora pero a quien recuerdo soy yo a los once, doce, trece años de edad).

Lo que me lleva a *Valentina* (bien atada).

Los villanos de *Dick Tracy* y Dick Tracy colgado en las paredes de los museos cortesía de ese genial delincuente que fue Andy Warhol. (Y me pregunto quiénes son los escritores con más cara de villanos de *Dick Tracy*. ¿Samuel Beckett? ¿John Updike? Curiosamente o no tanto son los mismos escritores a los que siempre consideré como “los que tienen más cara de escritor”.)

La irritada incredulidad —de tanto en tanto entro en la Wikipedia, intento ponerme al día no entiendo absolutamente nada—

ante las muertes y resurrecciones y universos paralelos en la DC Comics y en demasiadas *graphic novels*. (Otra vez, la edad, el tiempo transcurrido, la fatiga de materiales, la cada vez menos lenta merma de los súper-poderes, las pocas ganas de salir de mi Fortaleza de la Soledad. Mi educación en la materia es, digamos, clásica. Pero desconfío también de todos aquellos que aseguran que los antiguos egipcios dibujaron los primeros cómics.)

Esa adaptación de *The Twilight Zone* con Rod Serling abriendo y cerrando cada una de las historias, como en la televisión, pero en colores. Aunque para mí Rod Serling será, siempre, crepuscular, en blanco y negro y grises.

En este mismo momento, el ratón Ignatz vuelve a arrojar un ladrillo

Y ahora, todos juntos —*rage, rage against the dying of the light*— gritemos, con mayúsculas: SHA-ZAM!

Un padre ratón le dice a un hijo ratón en Maus: “Estoy cansado de hablar... Basta de historias por el momento”.

¿Y qué decir en la hora definitiva, cuáles serán las últimas palabras pronunciadas, las letras a esculpir en el mármol de mi lápida? Ah, ya sé, claro, sin dudas: *(to be continued...)* ☺

(Y SE ME DISCULPARÁ, ESPERO, CIERTA FIJACIÓN CON LA FIGURA FEMENINA: EL QUE RECUERDA SOY YO AHORA PERO A QUIEN RECUERDO SOY YO A LOS ONCE, DOCE, TRECE AÑOS DE EDAD)